

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis

*Germán W. Rama**

El ciclo de transición estructural, y las intensivas políticas de modernización y participación social por la vía de la educación, generaron un conjunto de cambios en las estructuras sociales cuyas beneficiarias fueron las generaciones jóvenes.

Las oportunidades de movilidad social ascendente no fueron de igual intensidad para las distintas categorías socio-ocupacionales. Sin embargo, a pesar de las diferencias de oportunidades, los hijos de familias de menores ingresos pudieron incorporarse en cierta proporción a posiciones superiores.

Ante este proceso de irrupción social, las estructuras de poder procuraron limitar sus efectos estableciendo diferentes niveles de calidad de estudios, o dando acceso a cargos de jerarquía desigual según el origen social.

La crisis acentúa la tendencia a frenar y revertir los procesos de movilidad ascendente. Los grupos jóvenes que no habían logrado educación son desalojados del mercado de empleo; los de origen social bajo que habían logrado educarse son empujados hacia la exclusión social; el ingreso y más aún la permanencia en la universidad dependen en gran medida del origen social elevado, y son la mejor protección ante la crisis; y, finalmente, en vez de movilidad ocupacional ascendente, comienzan a reproducirse las posiciones de una generación a otra. Incluso en algunos países se hace difícil para los hijos de los obreros acceder a las posiciones de sus padres, a pesar de tener mayor nivel de educación; los que quedan en la categoría son proporcionalmente menos que los que desembocan en ocupaciones marginales.

El autor concluye que la crisis ha acentuado el carácter polarizado de las sociedades, pues al agravar las consecuencias del agotamiento del ciclo de cambio estructural, plantea una situación en que las relaciones sociales se establecen entre grupos relativamente cristalizados. El problema de la juventud se transforma, más claramente aún que antes, en los problemas de las juventudes de grupos sociales distintos y estratificados.

*Director de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Introducción

La juventud latinoamericana actual tiene rasgos que la hacen diferente de las de otras regiones, y diferente también de las juventudes de la región en el pasado. Se encuentra en la conjunción entre dos grandes procesos históricos: uno es el ciclo de la transformación estructural de las sociedades latinoamericanas, que cambiaron, con diversa intensidad y ritmo, a partir de la postguerra; el otro es el de la crisis económica de los años ochenta, que puso de relieve las insuficiencias de los modelos de desarrollo existentes. La juventud tiene un papel crucial en ambos procesos. Por su enorme peso en la estructura de edades de la región, fue primero objeto del proceso de incorporación a las formas modernas de organización social; luego, cuando la recesión frenó o desarticuló la modernización, pasó a ser un grupo de edad particularmente afectado por la exclusión.

También ha variado mucho el papel que ella misma asume. Durante la etapa de la transformación estructural, de sociedades en movimiento, tuvo un papel importante entre los actores políticos. Los asentamientos poblacionales, las pautas culturales, las formas de producción y de organización social estuvieron sujetos a diversos cambios, que creaban también diversas o desiguales oportunidades de incorporación a la sociedad y también a algunos de los procesos sociales y políticos que pretendían construir algún modelo de sociedad alternativa. No es por azar que el período se haya caracterizado por su altísima inestabilidad política y por violentas disensiones, y que en todos los casos se haya registrado una considerable participación política de sectores de la juventud.

En la mayor parte de las sociedades latinoamericanas la crisis llega cuando el cambio ya ha creado una nueva estructura social y las transformaciones futuras no se basan en procesos de incorporación, sino en procesos de articulación entre los grupos sociales y en la transformación productiva, dentro de la lógica de una economía industrial moderna. Para la mayoría de las sociedades, la "fuga hacia adelante", como mecanismo de incorporación y de postergación de conflictos, se ha agotado, y se ha llegado a etapas de organización, racionalización y acuerdos entre grupos e

intereses diferentes, las que no facilitan la acción de la juventud en cuanto tal: los que se articulan son grupos en los que la juventud toma parte a través de los mayores.

Este proceso —del que la estabilidad y recuperación democrática es ejemplo paradigmático— coincide con el de la crisis económica en una conjunción pletórica de riesgos. En el caso de la juventud, se traduce en una doble marginación: por una parte, no puede incorporarse a la sociedad por la vía de la ocupación y la constitución de familia; por otra, se difiere su participación, por cuanto las políticas de ajuste implican gran concentración de las decisiones y de la ejecución de políticas, y han descartado por el momento la movilización social como motor de una búsqueda de nuevas formas de organización social y política.

El panorama tiene otras complejidades debidas a los efectos del endeudamiento externo —significativo legado de la generación anterior a la generación joven— y a la reducción de los márgenes de autonomía de los Estados latinoamericanos, sometidos a condiciones impuestas por los acreedores y que los Estados deben a su vez hacer cumplir en sus respectivas sociedades nacionales.

Sin duda, en virtud de desigualdades de desarrollo y problemáticas diferentes, la situación es diversa en ciertas áreas donde la constitución nacional está aún en ciernes, como es por excelencia el caso de América Central. La reducción de la autonomía se trasmuta entonces en intervención externa, o bien se mantiene como problema central la vigencia de un modelo autoritario de imposición social y política.

I

Transformación, cristalización y crisis recesiva de las estructuras sociales

En América Latina, la transformación se produjo mediante la expansión de las estructuras sociales y no —salvo excepciones— mediante un proceso de revolución que modificara la posición relativa de los grupos en el seno de una estructura social preexistente. A diferencia de las sociedades europeas, que cambiaron a partir de estructuras campesinas y artesanales culturalmente muy integradas, en América Latina se movilizó toda la sociedad, a partir de situaciones segmentarias, hacia nuevas estructuras sociales indefinidas, tanto a nivel de proyecto como de posible concreción, debido a la inestabilidad propia de un proceso de crecimiento en economías periféricas y a la escasa coherencia entre objetivos políticos y sociales.

Más que pasar de lo tradicional a lo moderno, se pasó —en lo político, lo educativo y lo económico— de la subcultura local o de grupo subordinado a la cultura de los medios de comunicación de masas, y de las instituciones familiares o de nivel parroquial a las instituciones nacio-

nales y de escala masiva. En este tipo de transformación predominó la dinámica sobre la estática; la movilización de la sociedad sobre la reproducción social; el papel del Estado como orientador del proceso sobre el de las clases sociales como portadoras de proyectos, y los procesos de incorporación por la vía de la modernización sociocultural sobre los de incorporación por la vía de la producción, que define relaciones entre los grupos por el trabajo y por la disputa sobre cómo se orienta el desarrollo y se define la distribución (Touraine, 1976).

El proceso va construyendo nuevas instituciones, nuevos grupos sociales y nuevas articulaciones entre ellos, y va consolidándolos, lo que establece límites a las transformaciones posibles: los intereses de los grupos internos y la articulación con el sistema económico internacional hacen que no todos los posibles sean probables, salvo a un costo social y cultural muy elevado. Pasan a ser probables sólo aquellos cambios que se asumen a partir de lo ya existente.

El ciclo de la movilización de las sociedades derivó en una consolidación que retornó regresivamente a estructuras sociales oligárquicas previas, o en una consolidación de un orden social propio de la economía burguesa europea de la primera mitad del siglo, o finalmente en algún tipo de organización social con capacidad de cambio progresivo que incluyó la diferenciación de actores sociales y un sistema de equilibrio y conflicto, ya sea entre grupos con posiciones diferentes en el proceso de producción, o bien entre grupos definidos más por la cultura y la opinión que por sus posiciones ocupacionales o de ingreso.

En cualquier caso, los grupos y clases se consolidaron. El empresariado con racionalidad capitalista fue creado por la acción del Estado, que dio los marcos y los instrumentos para su desarrollo. Una vez constituido, llegó a ser un actor social que en algunos casos participó en alianzas, en otros enfrentó al Estado y en otros más lo controló. El proletariado se había caracterizado hasta entonces por una continua y masiva incorporación de recién llegados a la actividad industrial, lo que hacía difícil la constitución de una identidad como base para su acción social; llegó luego a ser, en su parte más moderna, una categoría vinculada a producciones tecnológicas avanzadas, de niveles educativos progresivamente homogéneos y más altos. Su expansión dejó de ser constante, incluso comenzó a decrecer, tanto en porcentajes de la PEA como en volúmenes absolutos en algunos países (Delich, 1986; Lagos y Tokman, 1983). Se fue renovando en buena medida mediante hijos de los mismos proletarios, con lo que se constituyó una tradición de pertenencia al grupo obrero. La situación no fue totalmente diferente entre profesionales y técnicos. La acelerada expansión de las matrículas universitarias en los años sesenta y setenta iba a la par con el incremento de ocupaciones que depa-raban ingresos relativamente elevados a los profesionales; en el decenio siguiente la progresión fue más lenta. Las matrículas y las posiciones ocupacionales o de ingresos se estancaron o retrocedieron. En las sociedades que iniciaron más tempranamente el ciclo de modernización, los estudiantes universitarios suelen provenir de familias de profesionales también universitarios, o bien de estratos culturalmente afines a los universitarios (Klubitschko, 1980).

Al finalizar el ciclo de expansión por cambio estructural de las sociedades, este tipo de movilidad se agotó en los países ya modernizados (CEPAL, 1986). El volumen de posiciones de tipo medio y medio alto sólo creció, en el mejor de los casos, en forma paralela al crecimiento poblacional o al crecimiento del producto. Por ejemplo, una vez cubierta la escolaridad básica de una población ya urbanizada, el incremento de la categoría de maestros no pudo ser superior al de la población en edad escolar. La demanda de nuevos trabajadores respondió cada vez más a la transformación tecnológica, que implicaba una relativa reducción de las posiciones ocupacionales de mera ejecución, junto con la expansión de las que requieren mayor calificación educativa o técnica.

El ciclo de transformación estructural se realizó, en la mayoría de los casos, en el marco de una tensión entre procesos que creaban y reproducían la desigualdad social (CEPAL, 1985c) y otros que apuntaban a la democratización social. Los efectos contradictorios de esta situación se hicieron más evidentes con la crisis de los años ochenta.

Se mantuvo una pronunciada concentración del ingreso (Altimir, 1979; Di Filippo, 1984). En algunos casos se incrementó; en otros, permitió cierto acceso a algunos estratos de ingresos medios y medios bajos. Al asociarse a una estructura productiva industrial, adquirió mayor rigidez. No se establecieron para toda la sociedad mecanismos de distribución terciaria del ingreso por la vía de políticas sociales universales y de ejecución homogénea (por ejemplo, servicios preescolares y escolares con programas de alimentación y de nivelación en el aprendizaje, seguros nacionales de salud o asignaciones para los gastos de la reproducción biológica y social de las familias, asalariadas o no). Este tipo de beneficios favoreció sólo a ciertas categorías, que los obtuvieron por medio de los mecanismos corporativistas que caracterizaron el desarrollo social (Mesa Lago, 1985). El proceso de concentración tuvo manifestaciones diversas según se tratara de zonas rurales o urbanas, de regiones de retraso o de polos de crecimiento (Cordero y Tello, 1984), de forma tal que hubo distintos grupos de población cuyas articulaciones con el proceso del desarrollo tuvieron carácter segmentario, y cuyos recursos de movilidad correspondieron a circuitos parale-

los: no sólo tenían diferentes puntos de partida y de llegada, sino que frecuentemente no había posibilidades de transferirse de uno inferior a otro superior (Rama, 1985).

Junto con crearse la noción de una sociedad en movilización, fue desapareciendo en la conciencia colectiva de los grupos sociales inferiores la noción de los límites de las expectativas de movilidad individual o grupal (Rama, 1964). Se produjo, entonces, una verdadera revolución de las expectativas. Los sistemas de poder podían controlar la distribución de los ingresos, pero no fijar límites a las aspiraciones de integración a la nación y a la modernización social, y en consecuencia, algunos sistemas institucionales —como el político y el educativo— registraron grandes ampliaciones de la participación. (Los países que mantuvieron hasta fechas más recientes la exclusión electoral de los analfabetos o que excluyeron de la expresión política a los sectores inferiores por desmovilización o gestión autoritaria fueron también aquellos de política de escolarización primaria más débil). Más aún, el incremento de la educación media y superior fue mucho mayor que el registrado en países desarrollados en una etapa equivalente; sin embargo, no se había logrado aún la efectiva universalización de la escuela primaria, lo que demuestra el grado de exclusión implícito en las políticas sociales (Rama, 1983).

El desequilibrio entre los procesos que tendían a la concentración y los que tendían a la distribución afectó la validez de estos últimos: por ejemplo, la educación se extendió a grupos sociales inferiores, pero se desvalorizó en cuanto aprendizaje (Tedesco, 1984). Se produjo, además, muchas veces la ruptura, mediante una regresión autoritaria periódica, de los mecanismos políticos democráticos que ponían en peligro la concentración del poder y del ingreso. Estas contradicciones se ponen de manifiesto en la evolución de las sociedades nacionales en los años sesenta y setenta, a través de los indicadores de transformación estructural, por una parte, y por otra de la reiteración de regímenes autoritarios, ya sean conservadores o populistas. En comparación, son escasos los ejemplos de continuidad institucional democrática en sociedades de participación total.

Las transformaciones estructurales en las que se inscribió la incorporación de la juventud

en el período comprendido entre los años 1950 y 1980 se pueden apreciar a través de los siguientes indicadores (Rama, 1984):

a) *En lo demográfico*, se duplicó con creces el volumen de la población, se incrementó la densidad, y hubo mayor asentamiento en las ciudades (el porcentaje urbano pasó del 40% al 63%). Estas crecieron a una tasa de alrededor de un 5% anual. Se hizo posible así una mayor interacción social que incluyó a los jóvenes, cuya participación en la población total, y sobre todo en la urbana, se incrementó.

b) *En lo educacional*, se registraron los cambios más pronunciados de todo el período. Se redujo el analfabetismo, que afectaba a casi la mitad de la población mayor de 15 años, y llegó a ser residual para las generaciones jóvenes (salvo en Brasil y algunos países de América Central). La incorporación a la escuela primaria comenzó a universalizarse; no así el egreso, al que sólo llega algo más de la mitad del grupo de edad. La educación media, antes reservada a élites, pasó a ser masiva en las ciudades, y la de tercer nivel se expandió en forma explosiva, como se manifiesta en el salto de la tasa bruta de escolaridad: en 1950 ésta era de dos matriculados por cada cien jóvenes de 20 a 24 años; en 1980, es uno de cada seis jóvenes¹ (Ibarrola, 1986; Tovar y Negretti, 1986).

c) *En lo ocupacional*, la población económicamente activa se duplicó con creces (índice 218). La ocupación en el sector primario decreció al 33.7% (perdiendo 20 puntos porcentuales); la del sector secundario ascendió del 17% al 24.5%, y la del terciario evolucionó del 29.3% al 41.8% de la población activa total. La población ocupada no sólo dejó de ser predominantemente rural, sino que en las actividades urbanas aumentó regularmente la proporción de trabajadores no manuales. La información acerca de los años ochenta (disponible sólo para algunos países) muestra relaciones mínimas de 63 y máximas de 109 trabajadores no manuales por cada cien manuales. Estas relaciones son aún más nítidas entre

¹ En México la matrícula de la educación superior era de 29 895 en el año 1950 y alcanzó a 1 218 667 en 1984 multiplicándose por cuarenta en el lapso indicado. Por su parte en Venezuela la matrícula respectiva evoluciona de 24 907 alumnos en 1961 a 307 133 en el año 1981, multiplicándose en poco más de veinte años doce veces.

los asalariados. Los trabajadores no manuales de los sectores secundario y terciario en relación a los asalariados manuales del sector secundario, o dicho de otra forma, los empleados frente a los obreros, oscilaron, según países, entre una relación de 1 a 1 y una de 1.6 a 1. En resumen: las sociedades latinoamericanas no sólo dejaron de ser rurales, sino que dejaron además de ser obreras.

d) *En la formalización del empleo*, el incremento porcentual de las ocupaciones modernas en industria y servicios amplió el espacio de la actividad asalariada. Las ocupaciones por cuenta propia y de ayudantes familiares no remunerados disminuyeron su participación en la PEA total; se redujo porcentualmente (y en términos absolutos, en muchos países) la población activa rural, donde predominaban, y el crecimiento del sector informal urbano no alcanzó a compensar dicha disminución. La categoría de asalariados ha pasado a ser mayoritaria en la PEA en la región, salvo en los países que aún se definen por el predominio agrario y la modernización incipiente. La salarización implica a su vez mayores calificaciones educativas y una congruencia creciente entre éstas y los niveles de status de las ocupaciones.

e) *En cuanto al crecimiento y distribución del ingreso*, el producto interno bruto (PIB) por habitante se duplicó con creces en el período 1950-1980 a pesar de la considerable tasa de crecimiento de la población. Las diferencias son muy considerables según grupos de países. Los agrarios y de modernización incipiente (Bolivia, Haití y América Central, salvo Costa Rica), registraron un índice de incremento inferior a 150. Los países de temprana y avanzada modernización del Cono Sur, un índice del orden del 150; cabe recordar que partían de los niveles más altos de la región. Los índices oscilaron entre 150 y 250 en los países de modernización acelerada y desequilibrada o parcial, que (en orden de menor a mayor logro) comprenden a Perú, Paraguay, Colombia, República Dominicana, Ecuador y México. Con el mismo índice de 250 figuran Costa Rica y Panamá, cuyas sociedades se modernizaron en un lapso muy breve; Venezuela compartió esta situación, aunque con un índice inferior de incremento del PIB por habitante (185). Entre todos se destaca especialmente Brasil, cuyo PIB por habitante en el período 1950-1980 se incrementó de acuerdo a un índice del 350.

Más homogéneo que los incrementos ha sido el tipo de estructura de la distribución del ingreso, que mantuvo un alto grado de concentración en el primer decil y una situación pauperizada por lo menos en los dos inferiores. Los estudios de la CEPAL (1985c) tienden a mostrar una reducción del porcentaje de población bajo la línea de pobreza, aunque dicha reducción es inferior a la que cabría haber esperado si hubiera sido proporcional al incremento del ingreso. La situación de los tramos medios es más compleja. En algunos países —especialmente en los de modernización temprana y en algunos de modernización acelerada— los deciles inmediatos al superior registraron mejorías en la participación del ingreso, constituyéndose así estilos de distribución de ingreso de tipo mesocrático (Graciarena, 1979), gracias al desarrollo de la ocupación en los sectores modernos de actividad, al consiguiente poder social de los trabajadores de dichos sectores y a las políticas de expansión del mercado para bienes industriales de consumo duraderos y semiduraderos. En muchos países los deciles de la media de la escala, aunque sin mayor cambio de su participación monetaria, se beneficiaron por la distribución terciaria de ingresos que significó el desarrollo de los servicios sociales gratuitos o semigratuitos a cargo del Estado (Tironi, 1982). Finalmente, en la década del setenta los países que practicaron políticas de ajuste de corte neoliberal registraron sensibles caídas del salario real y de la ocupación, las que afectaron a sectores obreros y de clases medias.

Como tendencia general, puede afirmarse que el incremento real de los ingresos medios, bajos y más bajos no dependió de un cambio en la estructura de la distribución del ingreso, sino fundamentalmente de la tasa de incremento del PIB por habitante, y también de la redistribución por la vía de ingresos terciarios que haya tenido lugar debido a políticas sociales del Estado.

f) *En procesos de incorporación*, a los mercados urbanos de empleo, se produce simultáneamente la integración de jóvenes, migrantes rurales y mujeres, fenómeno que no tiene precedente en los países hoy desarrollados (Durstun, 1986). Ese proceso explica el explosivo crecimiento de la fuerza de trabajo urbana que —como bien lo ha señalado Víctor Tokman (1984)— fue similar al registrado en los Estados Unidos en el período 1870-1903, al de Suecia a comienzos de siglo o al

del Japón entre las dos guerras. Sin embargo, se caracterizó por una PEA con creciente proporción de mujeres, y con una población muy joven y, fundamentalmente, por una enorme discrepancia entre los niveles educativos de la población joven y la adulta (Boucher, 1982; Vogel, 1979).

Estas características influyeron en el menor costo de la fuerza de trabajo y en las condiciones de explotación a que fue sometida. En el caso específico de los jóvenes, se produjo una situación de acceso a posiciones ocupacionales no manuales y manuales con calificación educativa, que pertenecen al universo de las de status medio, sin embargo, el incremento proviene en gran parte de mujeres en posiciones no manuales de menor jerarquía (CEPAL, 1986).

A comienzos de la presente década, el ciclo del cambio social por transformación estructural manifestaba síntomas de agotamiento. En los países de temprana modernización del Cono Sur y en los de modernización acelerada con integración social (Costa Rica, Panamá y Venezuela), la población dedicada a actividades rurales constituía ya un porcentaje muy reducido; aunque continuaran las migraciones hacia las ciudades, su aporte ya no podría ser significativo en la formación de los estratos inferiores urbanos y en el desplazamiento relativo hacia arriba de los estratos siguientes. En países de modernización acelerada y desequilibrada —como Brasil— la población rural ya se estabilizó, en valores absolutos, entre 1970 y 1980. Finalmente, en países de modernización acelerada donde primó la urbanización sobre la industrialización —por ejemplo, Perú— la pronunciada informalización de todas las actividades productivas cerró a los migrantes las posibilidades de participación social en condiciones superiores a las rurales.

En la estructura ocupacional urbana de ciertos países —como, por ejemplo, Argentina y Uruguay— la comparación intercensal de la última década tiende a mostrar un fenómeno de "cristalización" de la estructura ocupacional: la distribución de las posiciones tiende a ser aproximadamente la misma diez años después y sólo cambia el mayor nivel educacional medio de los estratos (Arriagada, 1984; CEPAL, 1985a; Silvestri, 1986). Observaciones similares sobre la lenta incorporación de jóvenes a ocupaciones de status medio y alto se señalan como ejemplo de una modernización frustrada en Colombia (Parra,

1985). En países como Ecuador, Panamá y Venezuela que registraron una virtual "mutación social" (Durstón y Rosenbluth, 1984; Durstón, 1985; Tovar y Negretti, 1986), parece difícil que se mantenga el intenso crecimiento de las ocupaciones en el sector servicios modernos, en especial en los comunitarios y sociales a cargo del Estado. Finalmente, México y especialmente Brasil (Katzman, 1983), se mantuvieron como excepciones paradigmáticas de incremento acelerado de las posiciones ocupacionales modernas en la industria y en los servicios modernos de apoyo a la producción. Sus tasas de crecimiento económico, y en especial, del producto industrial, así como su considerable población rural y urbana con educación mínima durante las etapas iniciales de su desarrollo, permitieron un proceso de incorporación continuo a las actividades productivas, acompañado de una fuerte polarización entre los ingresos de ocupados en posiciones bajas y altas. En Brasil dicha incorporación fue incluso superior a la expansión educacional, lo que produjo una disminución de la escolaridad promedio de muchas categorías ocupacionales (Madeira, 1985). En Chile el doble efecto de la finalización del cambio por modificación estructural y de la aplicación de un modelo neoliberal y de apertura económica extrema promovió una peculiar estructura socio-ocupacional en la que disminuyeron las ocupaciones obreras industriales, así como las técnicas y administrativas medias vinculadas al Estado, y se redujeron los ingresos de las categorías civiles de empleados públicos. Junto con ello, hubo un desarrollo, inusual en la región, de posiciones no manuales independientes (Martínez y Tironi, 1983).

Finalmente, en el caso de los países de estructura agraria y modernización incipiente, hubo una acelerada urbanización y desarrollo del aparato moderno del Estado, sin un correspondiente desarrollo industrial y con graves problemas estructurales en el agro. Este sufrió los efectos de formas de producción capitalistas orientadas a la exportación, con una estructura de propiedad muy concentrada y con una masa campesina (indígena, en ciertos países): se promovió así un proceso de pauperización campesina sin alternativas de migración a ocupaciones urbanas, lo que creó explosivas condiciones sociales en el ámbito rural (Torres Rivas, 1981; Rosenbluth, 1986).

El ciclo de la transformación estructural, en

la medida en que promovió la movilidad de la sociedad entera y con ello cierta medida de gratificación para cada grupo, generó una experiencia intrageneracional y más aún intergeneracional con poderosos elementos de integración nacional y también de conformidad social. En los países de temprana modernización, en que los grupos ya estaban incorporados y se encontraban en sociedades incapaces de promover una nueva etapa de desarrollo, la pugna por la distribución y por el modelo de desarrollo ocupó la escena política (Filgueira, 1983).

La crisis de los años ochenta sobrevino en momentos en que el ciclo de transformación estructural comenzaba a llegar a su fin. Se habían utilizado hasta el exceso los mecanismos de incorporación a la modernización (urbanización y educación, por ejemplo); sin embargo, no se ha-

bían producido transformaciones en la estructura de la producción, propiedad, tecnología y conocimientos que hubieran permitido incorporar a la región al ciclo de las mutaciones científico-tecnológicas y de organización de las sociedades y culturas que se estaba produciendo en los países desarrollados (CEPII, 1984; CCE, 1983).

La crisis, producida tras un ciclo en que la sobreabundancia de flujo de capitales "dopó" al sistema con el consumismo, recayó sobre sociedades que, salvo las excepciones anotadas, habían agotado ya los mecanismos de incorporación fáciles, y cuyas juventudes se estaban formando con miras a un modelo de expansión de estructuras sociales que había dejado de tener vigencia. A ese modelo correspondían, además, las expectativas de incorporación de esas juventudes a las sociedades.

II

Las formas de incorporación de la juventud

En el transcurso de las dos décadas comprendidas entre 1960 y 1980 se modificaron las condiciones de incorporación de los jóvenes en la sociedad. Por una parte, se modificó la distribución entre los tipos de ocupaciones, y se crearon así espacios que no podían ser llenados por las generaciones adultas. En unos casos éstas no se encontraban en disposición de desplazarse del mundo rural al mundo urbano, o de cambiar a nuevas ocupaciones. En otros casos, aunque hubiera existido disposición para el cambio, carecían de las calificaciones educativas y el bagaje cultural necesarios. Hacia 1970, según los censos, 49.8% de la PEA rural en 16 países no había cumplido un año de estudios, y apenas el 2.3% tenía 7 y más años. En esos mismos países los porcentajes de la PEA en las capitales nacionales eran del 8.1% y del 39.6%. En consecuencia, en el caso hipotético de una migración masiva y total de la PEA rural, ésta sería en su gran mayoría no empleable, dadas las exigencias de educación que implicaban las posiciones ocupacionales urbanas (Terra, 1981).

Por otra parte, los jóvenes no sólo contaban

con una educación que los capacitaba para incorporarse a las nuevas ocupaciones, sino que, por su instrucción y por su acceso a medios de comunicación de masas, habían sido socializados para participar en las relaciones sociales y simbólicas que implican las posiciones ocupacionales y las situaciones sociales derivadas de su desempeño. El sistema educativo tradicional vigente en América Latina se había formado a imagen del existente años atrás en los países desarrollados, y había sido concebido para un educando de nivel sociocultural medio superior (Tedesco, 1984). Al extenderse a toda la población y comprender a grupos de subculturas diferenciadas resultó pedagógicamente inadecuado para lograr transmisión de conocimientos; en cambio, fue muy efectivo en cuanto permitió socializar anticipadamente para la integración simbólica en el mundo moderno. Las familias rurales así lo comprendieron: no mostraron interés por la escuela mientras el futuro de los hijos fue permanecer en el medio rural, pero, al cambiar las condiciones, al comunicarse con el mundo urbano y al ver la

Cuadro 1
AMERICA LATINA (SEIS PAISES): CAMBIOS EN LA INCORPORACION LABORAL DE LOS JOVENES
(Porcentajes)

	Argentina		Brasil		Chile		Ecuador		Honduras		Panamá	
	1960	1980	1960	1980	1960	1980 ^b	1962	1982	1960	1974	1960	1980
	(25 a 34 años) ^a		(25 a 34 años)		(25 a 29 años)		(25 a 29 años)		(25 a 34 años)		(25 a 29 años)	
PEA con 7 y más años de escolaridad	28.3	66.5	15.6	35.2	29.6	70.6	12.0	37.0	18.5	35.6	28.6	50.0
PEA con 6 años de escolaridad o menos	71.7	33.5	84.4	64.8	70.4	29.4	88.0	63.0	81.5	64.4	71.4	50.0
Ocupaciones no manuales urbanas y del sector primario	36.5	44.6	17.9	30.4	22.1	37.8	16.0	31.9	12.8	26.4	24.9	38.5
Ocupaciones manuales urbanas	42.7	44.3	32.9	40.8	48.9	38.5	28.9	32.2	21.8	26.6	25.1	33.7
Ocupaciones en actividades primarias	12.3	8.3	44.4	22.6	24.0	11.5	52.0	22.9	66.0	44.8	39.8	19.2
Otros	8.5	2.8	4.9	6.2	5.0	12.2	3.1	13.0	5.4	2.2	10.2	8.6

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos censales.

^a Para Chile, Ecuador y Panamá el tramo de edad considerado es de 25 a 29 años; para Argentina, Brasil y Honduras es de 25 a 34 años. Esta diferencia proviene de la organización de la información y no afecta la comparabilidad de las cifras.

^b Corresponde a datos de la Encuesta Nacional de Hogares de octubre-diciembre de 1980 (Instituto Nacional de Estadísticas).

emigración como destino previsible de sus hijos, modificaron su actitud, sobre todo respecto de las hijas, que en mayor número emigraban a las ciudades.

Dada la especial relación de los jóvenes con el mundo del trabajo en un momento de cambio, se produjeron diversos fenómenos, que se analizan en los puntos siguientes.

1. *La desruralización de la juventud*

El cuadro 1 presenta datos de países considerados representativos de diferentes categorías de modernización. Argentina representa una modernización temprana y avanzada: sólo 12.3% de su juventud estaba en ocupaciones agrícolas hacia 1960, y sólo podía transferirse a ocupaciones urbanas un porcentaje muy reducido. Chile, dentro de la misma categoría, tenía aún un sector considerable de población rural: uno de cada cuatro jóvenes tenía ocupaciones agrícolas en 1960, mientras en 1980 la cifra era de sólo uno de cada diez. Como representativo de una modernización mediante una mutación a una economía de servicios figura Panamá, que redujo de cuatro a dos de cada diez la participación de las ocupaciones rurales en el total de los jóvenes en la PEA. La categoría siguiente está formada por países de modernización acelerada y desequilibrada, y representada por el caso de Brasil. En 1960 tenía casi la mitad (44.4%) de sus jóvenes en ocupaciones agrícolas; en 1980 la participación se redujo a dos de cada diez. Ecuador representa otra situación que se ha denominado de modernización acelerada y parcial; no sólo, como en el caso anterior, dejó a grupos excluidos de la modernización, sino además su dinamismo estuvo fuertemente concentrado en las actividades terciarias y en particular en el Estado, sin transformaciones equivalentes en el sector secundario de actividad. Es, sin duda, el caso más notable en cuanto a reducción de la participación de las ocupaciones rurales en la PEA joven: en veinte años se registró una transferencia del 30% de los jóvenes al mundo urbano. Finalmente, los datos correspondientes a Honduras representan una categoría de modernización incipiente, que parte de una participación rural aún mayor que los dos países anteriores; si bien ésta se reduce, aún mantiene al 44.8% de los jóvenes en actividades agrícolas en el año 1974 (porcentaje igual al del Brasil en

1960). Probablemente el porcentaje se mantiene, a pesar de haber condiciones de expulsión del mundo rural, por falta de centros y actividades urbanas en condiciones de recibir una mayor corriente emigratoria.

2. *El universo de los trabajadores urbanos manuales*

Esta denominación comprende los obreros industriales, los trabajadores manuales por cuenta propia —incluyendo a los vendedores ambulantes— y el personal de servicio, tanto en relaciones personales como institucionales.

El universo social urbano, que en el siglo XIX francés fue visto como el de “las clases trabajadoras, las clases peligrosas” (Chevalier, 1978) que dio pie al análisis de F. Engels sobre “La situación de la clase obrera en Inglaterra” y a las construcciones históricas de E.J. Hobsbawm (1968), fue percibido en América Latina asociando la urbanización con “la inevitabilidad de la marginación de crecientes sectores de la población urbana”, puesto que lo que se definía como industrialización dependiente hacía “imposible para las crecientes promociones migratorias y para las nuevas generaciones populares, nacidas en las mismas ciudades, incorporarse de manera estable y consistente en la estructura de roles y posiciones de la nueva sociedad urbana que emerge con la industrialización” (Quijano, 1970).

Los procesos de incorporación de la juventud en las ocupaciones manuales y no manuales demuestran que, lejos de cumplirse la predicción de una marginación creciente, entre 1960 y 1980 se dio un inesperado desarrollo de las ocupaciones no manuales de vendedores, administrativos y profesionales y técnicos, todas las cuales se expandieron vertiginosamente, y que la PEA manual en actividades secundarias y terciarias, incluyendo también los tipos de ocupación marginal, no llegó a predominar en el universo urbano. Más aún, con la excepción de Brasil, todos los países considerados tenían en 1980 volúmenes prácticamente iguales de ocupaciones manuales y no manuales en las ciudades.

La otra cara del fenómeno es que el universo de los manuales urbanos no llegó en ningún momento a incorporar la mitad de la generación joven considerada. En los países de industrializa-

ción temprana, cuyo patrón de producción correspondía a empresas de escala reducida y tecnología que requería alto insumo de mano de obra, se dieron los registros más altos de trabajadores manuales. Hacia 1960 se destacaba en este sentido la situación de Chile, que comprendía en esta categoría al 48.9% de los jóvenes. La cifra sugiere el peso de una experiencia proletaria o popular urbana, que seguramente influyó en los comportamientos políticos que caracterizaron a ese país en las décadas siguientes. En otro país de temprana industrialización, Argentina, 42.7% de los jóvenes estaban en esta categoría, cifra que llegó en 1980 a 44.3%, posiblemente el registro más alto de su historia. La gran diferencia entre ambos países es que en Chile, en 1960, los jóvenes trabajadores manuales duplicaban con creces el número de los jóvenes no manuales; en Argentina la distancia era mucho menor. En ambos, en 1980, los volúmenes de jóvenes trabajadores manuales y no manuales se habían equiparado.²

Otros procesos más recientes de industrialización presentan patrones tecnológicos de bajo insumo de mano de obra. El desarrollo es aún escaso en Ecuador, Honduras y Panamá. El caso de Brasil es elocuente en varios sentidos: a pesar del alto incremento del PIB total y del PIB industrial en el período 1960-1980, la PEA manual urbana (incluyendo los servicios) sólo aumentó en ocho puntos porcentuales.

Tanto en Brasil como en Panamá se registró una reducción de más de veinte puntos porcentuales de la ocupación en actividades primarias en el lapso intercensal, y apenas se incrementó en ocho puntos la categoría de trabajadores manuales urbanos. En Ecuador la discrepancia es aún mayor por la caída de treinta puntos en las ocupaciones primarias y un crecimiento de sólo cuatro puntos en las ocupaciones manuales urbanas; las cifras seguirían siendo sumamente significativas aun en el caso de postularse que el grueso de la abundante categoría de "otros" en 1982 correspondiera a omisiones en el registro de manuales urbanos.

En resumen, el proceso de incorporación de los jóvenes resulta indicativo de las tendencias del mercado de empleo, tanto pasadas como fu-

turas. Es evidente que no hubo un incremento constante de la marginación y del trabajo informal, y que las ciudades latinoamericanas no llegaron a ser "universos obreros". También queda claro que en el futuro lo serán aún menos, sea cual fuere la tasa de crecimiento de la industria.

3. *El universo de los trabajadores urbanos no manuales*

La denominación comprende empleadores, gerentes, profesionales y técnicos dependientes e independientes, oficinistas, vendedores y trabajadores por cuenta propia en el comercio (no ambulante). Todos ellos tienen en común el ser trabajadores no manuales, aunque las diferencias internas son significativas en cuanto a status y remuneraciones. El mayor peso femenino en la composición de las subcategorías de oficinistas y vendedores, y luego en las de profesionales y técnicos, arrastra hacia abajo el promedio de remuneraciones de esas categorías (CEPAL, 1986).

Sin embargo, al igual que en las sociedades industriales (Lipset y Bendix, 1963), las ocupaciones no manuales en América Latina han tenido un prestigio mayor que las manuales, probablemente, además, por la reciente urbanización y el prestigio del empleo burocrático en la jerarquía de las sociedades de tipo oligárquico del pasado reciente. Tales ocupaciones exigen un mayor nivel de educación, considerado en la región un bien muy estimable, como lo comprueba su demanda social (Filgueira, 1978). En general, su nivel de ingreso monetario parece haber sido elevado (es de recordar la fuerte asociación entre mayores remuneraciones al trabajo y mayor educación que caracteriza la región); ciertamente deparaban condiciones de estabilidad ocupacional y seguridad social superiores a las de los trabajadores manuales, y sobre todo a las de los rurales (Mesa Lago, 1986). Finalmente, las escasas encuestas existentes indican una fuerte tendencia de los titulares de estos empleos a autoidentificarse como miembros de las clases medias, aunque no siempre correspondieran objetivamente a esa condición (Solari, 1964).

Hacia 1960, la proporción de jóvenes que accedía a ocupaciones no manuales era de entre un octavo y un sexto en Honduras, Ecuador y Brasil, y poco menos de un cuarto en Chile y Panamá; sólo en Argentina se incorporaba más

²Los datos de 1980 para Chile presentan deformaciones por el alto porcentaje incluido en la categoría "otros", que comprende una cuantiosa desocupación.

de un tercio. Hacia 1980 se registró una tendencia a la uniformidad entre los países, en torno a una participación en la categoría de no manuales de alrededor de un tercio (con la excepción de Honduras, que se ubicó por debajo de un cuarto, y la de Argentina, que logró la significativa cifra de 44.6%).

En esta enorme expansión influyeron simultáneamente variables económicas y sociales. Entre las primeras se destaca el papel de los servicios modernos —financieros, administrativos, técnicos— como apoyo indispensable a la producción en un sistema capitalista. Entre las segundas figura el desarrollo de los servicios sociales y comunitarios, que supone un enorme contingente de profesionales y técnicos, y cuya expansión ha estado ligada a los esfuerzos de integración nacional y de creación de la ciudadanía social (Ecuador es un ejemplo paradigmático de ello).

Una expansión de esta cuantía en un plazo tan breve ha llevado a plantear si cabe o no hablar en este caso de una movilidad ascendente. Los que la niegan observan que el grueso del crecimiento se encuentra en las subcategorías de menor status e ingreso y que incluso entre la de profesionales y técnicos se registra una fuerte feminización, que está asociada a la baja de status y de ingresos de la categoría (por ejemplo la de los docentes). Los que la afirman hacen notar la vinculación entre ocupaciones no manuales y mayores ingresos del trabajo, la formalización del trabajo, que se manifiesta en la inclusión en sistemas de seguridad social, los escalafones que abren camino a avances ocupacionales que no tienen los trabajadores manuales, las condiciones de trabajo cotidiano menos penoso y, por último, el prestigio social que sigue teniendo ese tipo de ocupaciones.

Sin entrar en los diversos aspectos de la discusión, es evidente que en la etapa inicial de la expansión, el hecho de transponer la barrera entre trabajo manual y no manual constituyó en sí una movilidad ascendente y que luego, al masificarse este último, pasan a ser de importancia decisiva las diferencias internas; no podría, en consecuencia, considerarse como un ascenso social el acceder a las subcategorías más bajas de lo no manual. Sin embargo, para la generación que por primera vez en la historia familiar traspuso la barrera, el cambio seguramente fue percibido,

desde el punto de vista simbólico, como movilidad ascendente.

4. Usos y beneficios de la educación

Los datos referentes a educación para los seis países que se han escogido como representativos de diferentes categorías de modernización demuestran que en todos ellos, durante el período 1960-1980, el porcentaje de la PEA joven con educación postprimaria se duplicó, salvo en Ecuador, en que se triplicó.

El cuadro 2 presenta categorías educativas que abarcan 7 años y más en Argentina, Chile, Ecuador y Panamá; 5 años y más para Brasil, y 4 años y más para Honduras. Las diferencias en cuanto a los años de educación que se consideran para establecer las categorías significativas responden a diferencias de desarrollo educativo entre los países de la región. Ponen de manifiesto, además, la dificultad de correlación entre los indicadores de educación y los de crecimiento económico: en dos países de modernización y crecimiento económico acelerados (Ecuador y Brasil), los logros son muy diferentes, y Chile, a pesar de su estancamiento relativo, ha alcanzado metas educativas que superan en mucho los niveles de Brasil, a pesar del rápido crecimiento económico de este último.

El primer y notorio uso que tuvo la educación fue el de hacer posible la emigración de quienes tenían escolaridad completa, los que dejaron de desempeñar ocupaciones agrícolas manuales, asalariadas o no asalariadas.

Los porcentajes de jóvenes con 7 y más años de escolaridad ocupados manualmente en actividades primarias eran tanto en 1960 como en 1980 mínimos de la PEA joven, y su incremento entre una y otra generación fue ínfimo. No se cumplieron las expectativas de que la mecanización y tecnificación del agro promovieran una oferta de nuevos puestos adecuada para jóvenes educados; por otra parte, dado que la oferta educativa de más de seis cursos escolares en el propio medio rural no se amplió más que en Chile, sólo habrían podido incorporarse en otros países los jóvenes que estudiaron en centros urbanos y mantuvieron su residencia rural.

El segundo uso de la educación fue hacer posible la incorporación a la categoría ocupacio-

Cuadro 2
 AMERICA LATINA (SEIS PAISES): NIVELES DE INSTRUCCION Y CATEGORIAS OCUPACIONALES
 DE LOS JOVENES, 1960 Y 1980
 (Porcentajes)

	Argentina		Brasil ^a		Chile		Ecuador		Honduras ^b		Panamá	
	1960 (25 a 34 años)	1980	1960 (25 a 34 años)	1980	1960 (25 a 29 años)	1980 ^c	1962 (25 a 29 años)	1982	1960 (25 a 34 años)	1974	1960 (25 a 29 años)	1980
PEA 25 a 34 años	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
7 y + años de educación.	28.3	66.5	15.6	35.2	29.6	70.6	12.0	37.0	18.5	35.6	28.6	50.0
No manuales	16.6	39.3	10.5	24.2	14.9	33.4	7.7	24.9	9.1	18.3	19.8	33.9
Manuales asalariados	3.7	20.1	3.4	8.5	9.8	22.0	2.5	8.2	6.5	11.9	7.0	14.0
Manuales asalariados en actividades primarias	(0.2)	(1.3)	(0.2)	(0.3)	(0.8)	(2.2)	(0.4)	(0.8)	(1.4)	(2.6)	(0.3)	(1.0)
Manuales no asalariados	0.8	7.1	1.7	2.5	2.7	5.3	1.8	3.9	2.9	5.4	1.8	2.9
Manuales no asalariados en actividades primarias	(0.1)	(1.4)	(0.6)	(0.5)	(0.6)	(1.5)	(0.5)	(0.4)	(1.7)	(3.1)	(0.2)	(0.7)
0-6 años de educación ^d .	71.7	33.5	84.4	64.8	70.4	29.4	88.0	63.0	81.5	64.4	71.4	50.0
No manuales	18.4	4.6	7.3	6.1	7.2	4.4	7.7	5.3	3.5	7.7	5.1	4.3
Manuales asalariados	41.5	19.5	34.6	33.3	51.0	17.5	38.7	23.1	30.2	24.5	21.9	23.1
Manuales asalariados en actividades primarias	(8.0)	(3.8)	(13.2)	(8.9)	(17.5)	(5.0)	(23.5)	(9.7)	(17.6)	(13.3)	(8.1)	(7.4)
Manuales no asalariados	7.6	5.5	37.2	19.1	9.4	5.2	37.4	17.4	39.9	29.0	34.0	12.8
Manuales no asalariados en actividades primarias	(3.7)	(1.8)	(30.1)	(12.8)	(5.1)	(2.8)	(27.6)	(10.9)	(37.4)	(25.4)	(31.2)	(10.0)

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos censales.

^a Las cifras de Brasil corresponden a 5 años y más y 0-4 años de educación respectivamente.

^b Las cifras de Honduras corresponden a 4 años y más y 0-3 años de educación respectivamente.

^c Corresponde a datos de la Encuesta Nacional de Hogares de octubre-diciembre de 1980 (Instituto Nacional de Estadísticas).

^d Se ha excluido la categoría de personas para cuya condición de actividad no se dispone de información.

nal de trabajadores no manuales. Esta presenta tasas de crecimiento muy considerables y exige estudios postprimarios; salvo en Honduras, quienes carecen de ellos van siendo progresivamente eliminados de esas ocupaciones. En Argentina, por ejemplo, los jóvenes con escolaridad primaria incompleta que tenían ocupaciones no manuales eran el 18.4% de la PEA en 1960, y se redujeron en 1980 al 4.6%, a pesar del fuerte incremento de la categoría ocupacional.

Las ocupaciones no manuales se hacen más complejas, por una parte; por otra, la oferta de jóvenes educados es superior a la demanda, lo que permite a los empleadores exigir mayores niveles formales de educación para un mismo trabajo. A este respecto cabe observar que el proceso de masificación y de aumento del período de escolaridad tendió a reducir el nivel de conocimientos en los grados escolares. Por último, la progresiva salarización de las actividades no manuales establece una relación formal entre el nivel de escolaridad y las exigencias de las organizaciones para determinados cargos. Todo ello explica el ciclo de "fuga hacia adelante" que presentan los sistemas educativos latinoamericanos. Al exigir otros grupos sociales niveles educativos antes reservados al grupo superior, este último se desplaza a un nivel más alto, y así sucesivamente. Este proceso de demanda se parece al de las sociedades desarrolladas y de las centralmente planificadas; sin embargo, a diferencia de éstas, no presenta una separación nítida entre ciclos escolares obligatorios y superiores basada en la selectividad, practicada mediante el control regular de los conocimientos y los exámenes de admisión a ciclos no obligatorios.

El tercer uso de la educación fue permitir la incorporación a la categoría de trabajadores manuales asalariados. Esta brinda ingresos superiores a los percibidos por los trabajadores manuales por cuenta propia, especialmente para jóvenes que no tengan un capital de conocimientos y experiencias en la respectiva actividad. Como en el caso de las ocupaciones no manuales, el empleo en organizaciones de cierta escala va acompañado de mecanismos de protección social (vacaciones, derecho a jubilación, servicios de salud).

Para los jóvenes de Argentina y Chile (países de temprana modernización), la categoría de manuales asalariados se reduce porcentualmente:

crece la participación en la PEA de la categoría de trabajadores no manuales, y al mismo tiempo se estabiliza o disminuye la proporción de trabajadores manuales asalariados, lo que implica reducciones mayores en la incorporación de jóvenes. En los otros países, en cambio, la situación es diversa: se reduce vertiginosamente la categoría de jóvenes con actividad agrícola y se incrementan las categorías de trabajadores no manuales y manuales asalariados en el total de la PEA joven. Sin embargo, lo común a todos los países es el incremento de la participación de los más educados en la categoría de trabajadores manuales asalariados; ya en Argentina y Chile superan en número a los menos educados.

Las tendencias futuras de la inserción juvenil —suponiendo una superación de la crisis— ponen claramente de manifiesto el agotamiento del ciclo de la movilidad estructural.

La categoría de trabajadores no manuales, que se expandió en forma acelerada, no podrá seguir haciéndolo a ese ritmo. Dentro de la categoría, se hará mayor la polarización entre posiciones de alto y bajo status, en parte por la masificación y en parte por la tecnificación de tareas. Esta polarización se vinculará a requisitos de educación no sólo postprimaria sino postsecundaria o postuniversitaria.

El volumen de la categoría de asalariados manuales hace prever un estrangulamiento de la movilidad de tipo estructural para las nuevas generaciones provenientes de familias rurales y de trabajadores urbanos manuales por cuenta propia. Además, el efecto de tecnologías que reducen el uso de mano de obra puede ser muy grande en este sector, lo que daría origen a una reducción porcentual y a un incremento de la selectividad sobre la base de los niveles educativos.

Ante la cristalización de la estructura ocupacional, la respuesta de sociedades como las latinoamericanas, fuertemente estratificadas según ingresos y poder, ha sido buscar formas de controlar una movilidad que ya no corresponde a una transición estructural.

Algunos mecanismos han surgido como respuesta al "exceso" de expectativas de movilidad ascendente a través de la educación. Uno, histórico, fue mantener a la población rural al margen de la educación. Otro, antiguo en unos países y

presentado como "modernización" en otros, consiste en transferir el gasto educativo de la enseñanza primaria a instituciones de nivel local, cuyos recursos son proporcionales a los ingresos de los residentes en su jurisdicción; de esta manera, la educación es de calidad diferente según la localidad, e inferior en las más pobres. Otro más ha sido el evitar que haya una educación homogénea en calidad en el ciclo básico, y crear circuitos académicos de excelencia relativa que abarcan desde la formación preescolar hasta la universitaria, al margen de una educación, generalmente fiscal, considerada como "educación de pobres".

Sin embargo, aunque los sistemas educativos fueran homogéneos, e incluso compensaran las desventajas relativas de los educandos con menores recursos socioculturales, se produciría necesariamente una selección, desde los niveles bási-

cos, que en algún grado correspondería al carácter técnico y por ende a la jerarquía de las ocupaciones de una sociedad diferenciada, sea ésta capitalista, socialista o perteneciente a algún modelo utópico³. Una vez cumplida la transición estructural, las aspiraciones y expectativas necesariamente dejarán de ser las de movilidad ocupacional para todos. Teóricamente, podrían ser, por una parte, las de homogeneidad en servicios y recursos a nivel básico —alimentación, salud, educación— que dieran formación y oportunidades similares para todos en cada nueva generación, y, por otra, la modificación de la distribución de los ingresos de forma tal que los de las categorías más bajas bastaran para atender las necesidades de las personas, incluyendo la cultura, lo que probablemente reduciría en forma considerable los ingresos y el poder de las categorías más altas.

III

Las manifestaciones de la crisis en la juventud

El agotamiento —o al menos la etapa "fácil"— de la transición estructural coincidió en la región con la crisis recesiva derivada del endeudamiento externo y de las políticas económicas aplicadas para enfrentarla.

En cuanto a los jóvenes, su situación en relación al mercado de trabajo se invirtió en forma dramática. De principales beneficiarios del modelo de expansión anterior, pasaron a ser los más

perjudicados por la recesión. Algunos rasgos precisan el fenómeno:

a) El Estado cortó abruptamente el gasto —en especial el social— interrumpiendo la política de expansión del empleo en servicios sociales y comunales, que eran uno de los soportes de la expansión del sector terciario.

b) Las empresas productivas y de servicios se encontraron con una demanda restringida y dejaron de hacer nuevas contrataciones. Incluso, cuando comienzan a expandir su producción en 1985 —en algunos países o sectores— lo hacen con el personal existente, cuya distribución y eficiencia ha debido mejorar para hacer frente a la crisis.

c) Los procesos de expansión de la formación educativa que podrían haber formado parte de una política antirrecesiva, no se establecieron por la obligada reducción del gasto fiscal. Sin embargo, la educación con las estructuras preexistentes y con un deterioro en su funcionamiento acogió a un volumen creciente de jóvenes que prolonga-

³Es sugestivo que los análisis sobre movilidad ascendente y educación denuncien que esta última ya no depara oportunidades de lograr la primera, entendiéndose por tal el acceso a ocupaciones de alto status. El planteamiento supondría que las posiciones de cúpula deberían expandirse a la misma tasa que los niveles educativos superiores, universitarios por ejemplo, lo que habría de convenir que es imposible, salvo —paradoja del enfoque— que se redujera la expansión educativa. Los temas siguen siendo los de las expectativas de transición estructural indefinida y los de consideración del valor de la educación en términos no de cultura y capacitación, sino de pasaporte a las posiciones de altos ingresos y status intelectual, lo que puede formar parte de la ilusión mesocrática sobre la movilidad social.

Cuadro 3
CHILE: CONDICION DE ACTIVIDAD DE LOS JOVENES, 1980 Y 1984
(Porcentajes)

	1980						1984					
	Ambos sexos		Hombres		Mujeres		Ambos sexos		Hombres		Mujeres	
	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24
Estudiantes	66.8	18.7	68.1	20.4	65.6	17.0	71.7	19.6	74.7	22.6	68.6	16.6
Quehaceres domésticos	8.5	18.7	0.6	0.3	16.2	36.1	7.9	17.7	1.0	0.6	14.9	34.2
Jubilados e inactivos	6.4	4.1	7.6	5.4	5.3	3.0	5.5	4.8	6.8	6.0	4.3	3.6
Activos	18.3	58.5	23.7	73.9	12.9	43.9	14.9	57.9	17.5	70.8	12.2	45.6
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y de 1984.

ron sus estudios ante las dificultades para incorporarse al mercado de empleo.

Como resultado de toda esta situación, los jóvenes menores de 25 años constituyen en muchos países alrededor de la mitad de la desocupación urbana abierta, y los que buscan trabajo por primera vez llegan a ser una de cada cuatro personas desocupadas, como sucede por ejemplo en Uruguay (CEPAL, 1985a).

En el medio rural, diversos indicadores parecen señalar que las oportunidades de emigración a las ciudades parecen haberse limitado y que crecen los porcentajes de jóvenes con algo más de educación dedicados a las actividades agrarias. Estas últimas aumentaron su producción para enfrentar la crisis, pero no registraron modificaciones estructurales ni tecnológicas significativas que otorguen mejores posibilidades de incorporación a los jóvenes más educados que se queden en el campo.

La información sobre un caso nacional, Chile, tiene valor ilustrativo porque en esa sociedad se había completado ya el ciclo de la transición; los esfuerzos modernizadores por la vía de la educación estuvieron entre los más significativos de la región, y los porcentajes de desocupación, elevados ya antes de la crisis, alcanzaron con ésta los registros más altos de la región.

Informaciones relativas a 1980 y 1984⁴

⁴Las tabulaciones sobre las que se basa esta sección abarcan datos correspondientes a 21 ciudades principales del país y fueron preparadas por el consultor Arturo León en el

muestran que la proporción de estudiantes en el grupo joven, ya antes muy elevada, se incrementó aún más, pasando del 66.8% al 71.7% para el tramo de edad de 15 a 19 años y del 18.7% al 19.6% para el siguiente tramo, de 20 a 24 años (cuadro 3). Ese incremento fue paralelo a una reducción porcentual de la categoría de activos de 15 a 19 años, que descendió, de un registro ya bajo del 18.3% al 14.9%. Resulta así reforzado el mecanismo de reducir la presión sobre el mercado de empleo de una generación joven de participación muy alta en el total de población en edad activa.

La condición de estudiante en 1980 (cuadro 4) era ya relativamente accesible para las distintas categorías socio-ocupacionales en el tramo de edad de 15 a 19 años (50.4% de hijos de empleadas domésticas y 85% de hijos de empleadores). Ante un mercado de empleo más limitado creció la demanda colectiva de estudios: prácticamente todas las categorías aumentaron su participación en la enseñanza (69% de hijos de empleadas domésticas y 90.5% de hijos de empleadores en 1984).

La continuación de estudios durante el tramo de edad de 20 a 24 años se manifestaba en 1980 más determinada por el origen social. Dos categorías superiores —empleadores no agrícolas y sectores medios asalariados— mantenían

marco de una investigación patrocinada por la Unidad para la Integración de la Mujer en el Desarrollo, de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Cuadro 4
CHILE: ORIGEN SOCIAL DE LOS ESTUDIANTES, 1980 Y 1984
(Cifras absolutas y porcentajes)

Ocupaciones de jefes de hogar	Total	Emplea- dores no agri- colas	Sectores medios asala- riados	Sectores medios independen- tes	Artesanos tradi- cionales	Clase obrera (nivel superior)	Resto clase obrera	Traba- jadores margi- nales	Empleadas domés- ticas	PEM POJH	PEA agrícola
15-19	493 819 (70.7)	12 781 (85.0)	97 971 (82.8)	57 196 (70.3)	32 677 (67.4)	106 970 (69.5)	51 113 (62.5)	18 759 (53.0)	8 647 (50.4)	9 881 (64.7)	10 749 (62.2)
1980											
20-24	108 793 (24.1)	5 865 (45.2)	41 322 (40.9)	11 604 (21.3)	7 458 (21.8)	13 491 (15.1)	4 462 (9.1)	973 (6.1)	103 (1.8)	1 089 (9.6)	2 049 (19.2)
15-19	460 006 (74.7)	21 561 (90.5)	85 632 (82.2)	44 293 (81.2)	28 585 (74.9)	78 928 (71.8)	45 357 (71.7)	21 480 (62.2)	11 145 (69.0)	28 334 (65.2)	11 078 (62.8)
1984											
20-24	131 289 (23.2)	8 970 (48.8)	38 962 (35.5)	16 783 (29.8)	4 324 (14.7)	15 439 (16.7)	6 263 (12.3)	2 773 (9.0)	1 449 (9.2)	2 574 (6.8)	2 680 (4.3)

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y 1984.

estudiando a más del 40% de sus hijos a esa edad; otras tres —sectores medios independientes, artesanos tradicionales y activos en el sector primario— se situaban en el entorno del 20%; el nivel superior de la categoría obrera mantenía al 15%. Las ocupaciones de status más bajo —nivel inferior de obreros, trabajadores marginales, obreros estatales y ocupados en programas tipo PEM-POJH— se situaban por debajo del 10%. El registro más bajo (1.8%) correspondía a las empleadas domésticas.

En 1984 las oportunidades educacionales se incrementaron para los empleadores y los sectores medios independientes, que tienen en común percibir ingresos no salariales y también para las categorías sociales que corresponden a la condición obrera y subobrero. La caída más pronunciada correspondió a los sectores medios asalariados. Estos movimientos aparentemente contradictorios se explican cuando se tiene presente que las categorías socio-ocupacionales inferiores tienen altos porcentajes de sus hijos de estas edades estudiando en el ciclo de enseñanza media gratuita. Los hijos de categorías superiores ya han completado el ciclo secundario, y la educación superior es pagada; en consecuencia, los sec-

tores medios asalariados, que tuvieron importantes caídas en sus ingresos, enfrentan dificultades para financiar el costo de los estudios.

La inserción social de los jóvenes entre 20 y 24 años ya revestía en 1980 rasgos de exclusión, como lo señala el estudio de Javier Martínez en este mismo número de la *Revista de la CEPAL*. El porcentaje de cesantes y de los que buscaban trabajo por primera vez era del 12.7%; sumado al de inserción marginal —ocupaciones tipo PEM y POJH y domésticas— totalizaba el 20.5% de todos los jóvenes activos e inactivos (cuadro 5).

La situación se deterioró gravemente como efecto de las políticas económicas aplicadas a raíz de la crisis. El desempleo ascendió al 18%; sumado a las inserciones marginales, totalizó 28.2% de los jóvenes. Este incremento se originó en la reducción de los ocupados (trabajadores por cuenta propia, obreros, empleados y empleadores) que del 38.1% que eran descendieron al 29.8% mientras que los jóvenes inactivos (dedicados al estudio o a los quehaceres domésticos) mantuvieron prácticamente su representación, ligeramente superior al 40%. Dicho de otra forma, en 1984 de cada diez jóvenes entre 20 y 24 años, dos estudiaban, dos se dedicaban a quehaceres do-

Cuadro 5
CHILE: INSERCIÓN SOCIAL DE LOS JOVENES DE 20 A 24 AÑOS, 1980 Y 1984
(Porcentajes)

	Ambos sexos		Hombres		Mujeres	
	1980	1984	1980	1984	1980	1984
Cesantes	7.9	11.0	10.9	13.4	5.1	8.7
Buscan trabajo por primera vez	4.8	7.0	5.5	7.5	4.2	6.5
PEM-POJH	2.6	5.5	3.2	8.7	2.0	2.4
Empleadas domésticas	5.2	4.7	0.3	0.3	9.7	9.0
Trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados	5.4	5.1	8.5	8.1	2.5	2.3
Obreros	15.0	11.4	26.7	19.6	4.0	3.5
Empleados	17.1	13.0	18.2	12.9	16.1	13.0
Empresarios, técnicos y profesionales	0.6	0.3	0.6	0.3	0.4	0.3
Estudiantes	18.7	19.6	20.4	22.6	17.0	16.6
Quehaceres domésticos e inactivos	22.8	22.5	5.6	6.6	39.1	37.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y 1984.

mésticos, tres tenían una ocupación en actividades relativamente formales y tres permanecían desocupados o sólo lograban insertarse marginalmente en el mercado de empleo.

La exclusión de los jóvenes es mayor mientras menor sea su educación (cuadro 6). En 1984 el 33.7% de los que tenían como nivel máximo la instrucción básica estaba desocupado o en inserciones marginales; el porcentaje se reducía levemente para los que tenían educación secundaria (31.8%) y caía abruptamente para los de educación superior (7.8%). Entre 1980 y 1984 estos últimos incrementaron su situación de exclusión en 1.7 punto porcentual mientras los jóvenes con educación secundaria (que abarcan tres cuartas partes del tramo de edad y fueron los más afectados por la crisis) lo hacen en 9.4 puntos porcentuales.

Los miembros de la categoría de nivel educacional superior se protegen de la crisis manteniéndose estudiando (73.2%). Los de nivel primario y en menor medida los de nivel secundario (31.7 y 24% respectivamente) quedan excluidos en su mayor parte de los estudios y del mercado de empleo, dedicados a tareas domésticas que posibilitan la reproducción social de las familias y

la participación en el mercado de empleo de otros miembros del hogar. De ellos sólo una décima parte logra continuar en el sistema educativo.

En la inserción ocupacional no marginal de las categorías educacionales, uno de los fenómenos más notables es el menor acceso a la condición obrera de los jóvenes con educación primaria (se reducen de dos a uno de cada diez) y la reducción del acceso de los que tienen educación secundaria a las posiciones de empleados y obreros. Ser obrero se vuelve, en 1984, prácticamente imposible para los jóvenes que sólo tienen educación primaria; al ser tan limitada la contratación y tan amplia la oferta, para ser obrero se hace necesario tener algún grado de educación post-básica.

La última etapa de esta visión se obtiene analizando la inserción social de los jóvenes según las categorías socio-ocupacionales de los jefes de familia (cuadro 7), es decir considerar los fenómenos de movilidad ascendente y descendente que registran las nuevas generaciones ante una estructura ocupacional que los rechaza.

Al analizar las ocupaciones de los jefes de las familias de los jóvenes excluidos (cuadro 8) se

Cuadro 6
CHILE: NIVELES DE INSTRUCCION Y CATEGORIAS SOCIALES DE LOS JOVENES
DE 20 A 24 AÑOS, 1980-1984
(Porcentajes)

	1980			1984		
	Primaria (1)	Secundaria (2)	Superior (3)	Primaria (1)	Secundaria (2)	Superior (3)
Cesantes	7.9	9.2	1.9	10.6	12.7	2.1
Buscan trabajo por primera vez	1.5	5.7	4.0	4.1	7.8	5.0
FEM-POJH y obreros públicos	3.3	3.0	0.2	8.0	6.0	0.6
Empleadas domésticas	13.4	4.5	—	11.0	4.5	0.1
Trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados	7.2	5.7	2.3	7.7	5.5	1.1
Obreros privados	20.4	16.8	1.2	11.4	13.4	0.3
Empleados públicos y privados	5.5	19.4	17.6	2.0	15.1	10.6
Empleadores, profesionales y técnicos	—	0.4	1.3	—	0.2	0.6
Estudiantes	4.6	11.4	66.7	13.6	10.6	73.2
Quehaceres domésticos e inactivos	36.1	23.9	4.6	31.7	24.0	6.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Distribución columnas	14.9	70.1	14.9	11.5	74.8	13.7

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y 1984.

Cuadro 7
CHILE: CATEGORIAS SOCIALES DE PADRES Y DE HIJOS DE 20 A 24 AÑOS, 1984
(Porcentajes)

Categorías hijos	Categorías padres								
	Total	Cesantes buscan trabajo por primera vez PEM-POJH	Empleadas domésticas y trabajadores marginales	Resto obreros	Obreros	Artesanos tradi- cionales	Sectores medios independ- dientes	Sectores medios asala- riados	Emplea- dos no agrícolas
Cesantes	12.6 71 417	23.9 24 196	11.0 5 131	15.2 7 741	12.9 11 905	8.1 2 370	14.3 8 037	7.9 8 692	6.2 1 131
Buscan trabajo por primera vez	8.5 47 861	10.2 10 389	7.4 3 463	11.9 6 056	5.6 5 202	7.5 2 201	8.9 5 000	7.9 8 630	4.1 753
PEM-POJH	5.8 32 848	13.6 13 812	7.5 3 491	6.8 3 475	6.0 5 596	6.0 1 752	1.3 737	3.0 3 300	— —
Empleadas domésticas	1.8 10 571	1.4 1 382	8.4 3 925	1.8 892	1.5 1 405	3.1 905	1.5 839	0.4 487	1.7 306
Trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados	4.6 25 900	2.8 2 813	15.3 7 121	1.3 655	2.6 2 420	5.8 1 713	9.0 5 066	1.5 1 661	8.5 1 556
Obreros	12.6 71 013	10.4 10 554	14.4 6 724	21.2 10 774	24.6 22 771	18.4 5 424	6.9 3 892	4.8 5 214	1.0 176
Empresarios, técnicos, empleados públicos y privados	13.9 78 815	9.7 9 830	5.7 2 646	12.1 6 146	11.0 10 204	19.8 5 828	13.9 7 852	26.9 29 473	18.0 3 247
Estudiantes	23.2 131 289	12.5 12 744	9.0 4 222	12.3 6 263	16.7 15 439	14.7 4 324	29.8 16 783	35.5 38 962	48.8 8 970
Quehaceres domésticos e inactivos	16.8 95 354	15.4 15 658	21.3 9 922	17.3 8 831	19.0 17 572	16.7 4 891	14.2 8 023	12.0 13 166	11.9 826
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Distribución columnas	100.0	18.0	8.3	9.0	16.4	5.2	10.0	19.4	3.3
Valores absolutos	(565 068)	(101 378)	(46 692)	(50 834)	(92 513)	(29 408)	(56 226)	(109 614)	(18 376)

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1984.

Cuadro 8
CHILE: ORIGEN SOCIAL DE LOS JOVENES EXCLUIDOS Y ESTUDIANTES, 1984

Hijos de 20 a 24 años	Jefes de familia	Desocupados PEM-POJH	Trabajadores marginales	Obreros nivel inferior	Obreros nivel superior	Artisanos	Sectores medios independientes	Sectores medios asalariados	Empleadores
Gesantes y buscan trabajo por primera vez PEM-POJH y empleadas domésticas		34.1	18.4	27.2	18.5	15.6	23.2	15.8	10.3
Subtotal excluido		49.1	34.3	35.7	26.0	24.7	26.0	19.2	12.0
Estudiantes		12.5	9.0	12.3	16.7	14.7	29.7	35.5	48.8

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1984.

aprecia la sistemática correlación que existe entre la exclusión y el origen social. En la parte inferior de la escala, los jefes de familia desocupados o activos en programas de empleo de emergencia (PEM-POJH) tienen a casi la mitad de sus hijos en situación de exclusión social, y sólo a un 12.5% estudiando; en la parte superior, los empleadores tienen la distribución exactamente inversa. En los escalones intermedios, la exclusión disminuye y la permanencia en la educación aumenta, de acuerdo a un patrón de estratificación social muy definido: las categorías de trabajadores marginales y obreros de más baja condición tienen excluidos a un tercio de sus hijos, las categorías de obreros de status superior y los artesanos, una cuarta parte; los sectores medios independientes —poniendo de manifiesto la polarización interna de la categoría— tienen también a una cuarta parte excluida, pero a la vez mantienen estudiando casi a un tercio de los jóvenes. Finalmente, los sectores medios asalariados prolongan la permanencia de sus hijos en el sistema de enseñanza para preservarlos de la exclusión, formarlos para un mercado de empleo muy competitivo y retrasar el momento del enfrentamiento con la realidad ocupacional.

En cuanto a la situación de exclusión, son evidentes dos hechos que se relacionan también con la estratificación social. El primero es que cuanto más alta sea la posición de los jefes de familia en la escala de status, menor es el porcentaje de sus hijos en ocupaciones marginales. El segundo es que la mayor parte de quienes están en esas ocupaciones, proviene de familias de ce-

santes y de personas que buscan empleo por primera vez.

Los efectos sociales de las políticas económicas aplicadas para enfrentar la crisis, sumados al agotamiento del ciclo de transición estructural y a los resultados de orientaciones que tienden a restablecer las jerarquías en las relaciones entre grupos sociales, muestran una reproducción de la estratificación social y una acentuación de sus polarizaciones. Si se tiene presente que las tres categorías inferiores de los jefes de familia representan más de un tercio del total, se podría considerar que una parte considerable de las nuevas generaciones pasa a formar parte, no ya de un estrato social bajo, sino de un estrato separado de la sociedad. En el otro extremo, las categorías de jefes de familia cuyos hijos permanecen relativamente protegidos de la crisis constituyen apenas algo más de una quinta parte del universo total. La exclusión también afecta muy fuertemente a las categorías intermedias de trabajadores manuales e independientes, por lo que no es de extrañar la sensación de que la crisis afecta a la juventud como tal. Sin embargo, y como se ha demostrado, la crisis lleva a la culminación de un proceso de recomposición de la estratificación y de la polaridad social.

Sin duda no es ésta la situación de toda la región, ni en cuanto al grado de desocupación ni en cuanto a la intensidad con que los efectos de la crisis se concentran en los grupos inferiores. En situaciones de plena participación, estos últimos logran una distribución relativamente más equitativa de los costos sociales. Sin embargo, cabe

suponer que en los diversos países se haya vuelto más determinante la posición social en relación con el destino de cada categoría de jóvenes, lo

que lleva a pensar que, en el actual contexto, hablar de *las* juventudes puede ser más correcto que postular una unidad generacional.

IV

Algunas reflexiones finales

Así como en el proceso de crecimiento económico en las décadas anteriores predominó la expansión de los mercados productivos y de consumo urbanos, en los procesos sociales en relación a la juventud lo decisivo fue la incorporación en el moderno sistema ocupacional, en la educación y la cultura urbanas. En ambos casos lo determinante fue el ritmo de crecimiento: en lo económico, éste se realizó sin mayores cambios en cuanto a la distribución de los ingresos, mientras que en lo social hubo modificaciones en la distribución del capital cultural. Este desequilibrio fue posible en el marco de un cambio de estructuras productivas, ocupacionales y de satisfacción de necesidades sociales alimentado por el proceso de urbanización y modernización, así como por la necesidad de legitimar sistemas de poder afectados por un proceso de incorporación permanente de nuevos sectores al sistema social.

Los procesos económico y social estuvieron enmarcados por la transición estructural que se registró en la región desde la inmediata postguerra. La transición determinó sociedades en movimiento, en las que los jóvenes fueron particularmente beneficiados tanto por los cambios en la estructura productiva —con nuevas ocupaciones sólo accesibles para los más educados— como por los procesos intencionales y espontáneos de modernización social e integración nacional.

El cambio no estuvo regido por la equidad de oportunidades y la creación de una homogeneidad social; estos objetivos, cuando orientaron las políticas sociales, se enfrentaron con las estructuras de poder previas y con el tipo de desarrollo

económico, fundado más en el crecimiento que en la distribución. Sin embargo, la mayoría de los grupos jóvenes recibieron algunas satisfacciones, porque de una u otra forma todos se desplazaban en el espacio social.

Hacia los años 1980, en cambio, en algunos países las sociedades ya estaban cristalizadas; en otros, la transición "fácil" se había agotado, y en otros más la modificación estructural había sido muy débil, debido a bloqueos económicos y sociales.

Las posibilidades del desarrollo futuro pasaban a ligarse, en lo económico, con la capacidad de ampliar los mercados mediante modificaciones en la distribución de ingresos que la asemejaran a la de los países desarrollados, y en lo social, con el logro de nuevas generaciones con niveles básicamente homogéneos de desarrollo físico, sanitario y educativo, adecuados a la complejidad de los requerimientos tecnológicos y culturales de las nuevas formas productivas y sociales que ya caracterizaban a los países desarrollados.

En esta etapa se ha producido la crisis económica de la región, que pone freno al proceso de transición estructural y genera una cristalización del tipo de estratificación social que estaba emergiendo de una transición no presidida por la equidad.

Las jóvenes generaciones no sólo sufren los efectos de la crisis en la falta de empleos y en el deterioro de los servicios sociales; además, al imponerse la recesión sobre la dinámica, la situación deja de definirse por grupo de edad y pasa a determinarse según orígenes sociales, a su vez

altamente polarizados por la concentración del ingreso y del poder que se construyó en el período previo.

Los sistemas políticos democráticos, que se consolidaron o emergieron como modo de responder a esa concentración, deben enfrentarse al problema de cómo modificar la distribución y sentar las bases para la ciudadanía social en el

marco de la crisis. Sin duda, uno de los mayores desafíos es cómo iniciar un nuevo estilo de desarrollo, que se anuncie desde las políticas hacia la juventud, y que sea capaz de establecer así una nueva legitimidad de la democracia. Es el dilema que expresan las palabras de un joven encuestado en un país latinoamericano: "Yo estoy con la democracia, ¿pero está la democracia conmigo?".

Referencias bibliográficas

- Altimir, Oscar (1979): *La dimensión de la pobreza en América Latina*, Serie Cuadernos de la CEPAL, N° 27. Santiago de Chile.
- Arriagada, Irma (1984): *Uruguay: El estancamiento de un proceso modernizante*. División de Desarrollo Social, CEPAL. Santiago de Chile.
- Boucher, León (1982): *Tradition and change in Swedish education*. Oxford: Pergamon Press.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1985a): *La evolución de la sociedad y de las políticas sociales en el Uruguay* (LC/G. 1342). Santiago de Chile.
- _____ (1985b): *Los jóvenes y el empleo en Montevideo* (LC/R. 469). Santiago de Chile.
- _____ (1985c): *La pobreza en América Latina: dimensiones y políticas* (LC/G. 1366), Estudios e Informes de la CEPAL, N° 54. (Informe final del Proyecto interinstitucional de pobreza crítica para América Latina). Santiago de Chile.
- _____ (1986): *América Latina: las mujeres y los cambios socio-ocupacionales 1960-1980* (LC/R. 504). Santiago de Chile.
- CEPII (Centre d'Etudes Prospectives et d'Informations Internationales) (1984): *Economie mondiale 1980-1990: la fracture?* París: Ed. Economica.
- Commission des Communautés Européennes (1983): *Europe 1995. Mutations technologiques & enjeux sociaux*. París: Ed. Futuribles.
- Cordero, Rolando y Carlos Tello (comp.) (1984): *La desigualdad en México*. México: Siglo XXI editores.
- Chevalier, Louis (1978): *Classes laborieuses et classes dangereuses*. París: Ed. Librairie Générale Française.
- Delich, Francisco (1986): *Clase obrera, crisis industrial y recomposición social. Metáforas de la sociedad argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Di Filippo, Armando (1984): *Uso social del excedente, acumulación, distribución y empleo*. *Revista de la CEPAL*, N° 24. Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S. 84. II.G.5.
- Durston, John (1985): *Ecuador: auge y crisis de su modernización social* (LC/R. 416). Santiago de Chile: CEPAL.
- _____ (1986): *La lógica social de un estilo de desarrollo en crisis: transformaciones socioocupacionales en seis países latinoamericanos, 1960-1983*. División de Desarrollo Social. CEPAL. Santiago de Chile.
- Durston, John y Guillermo Rosenbluth (1984): *Panamá: un caso de "mutación social"*. *Revista Pensamiento iberoamericano*, N° 6. Madrid, julio-diciembre.
- Filgueira, Carlos, H. (1978): *Expansión educacional y estratificación social en América Latina, 1960-1970*, Proyecto UNES- CO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe. Buenos Aires: DEALC.
- _____ (1983a): *Educación o no educación. ¿Es éste el dilema?* *Revista de la CEPAL*, N° 21. Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.83.II.G.5.
- _____ (1983b): *Estructura y cambio social: tendencias recientes en Argentina, Brasil y Uruguay* (E/CEPAL/SEM.10/R.9). Santiago de Chile: CEPAL. [Versión resumida: *El Estado y las clases: tendencias en Argentina, Brasil y Uruguay*. *Revista Pensamiento iberoamericano*, N° 6. Madrid, julio-diciembre de 1984.]
- Filgueira, Carlos, H. y Carlo Geneletti (1981): *Estratificación y movilidad social en América Latina*, Serie Cuadernos de la CEPAL, N° 39. Santiago de Chile.
- Germani, Gino (1955): *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Rasgal.
- Graciarena, Jorge (1979): *La estrategia de las necesidades básicas como alternativa. Sus posibilidades en el contexto latinoamericano*. *Revista de la CEPAL*, N° 8. Santiago de Chile, agosto. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.79.II.G.4.
- Hobsbawm, Eric J. (1968): *The Pelican Economic History of Britain. From 1750 to the Present Day. Industry and Empire*. Londres: Ed. Penguin Books.
- Ibarrola, María de (1986): *Horizontes inciertos, caminos por hacer. Relaciones complejas y contradictorias entre la escolaridad superior y el empleo en México. La juventud universitaria en América Latina*. Juan Carlos Tedesco y Hans R. Blumenthal (comp.). Caracas: Ed. CRESALC-ILDIS.
- Katzman, Rubén (1983): *Notas sobre las transformaciones sectoriales del empleo en América Latina* (E/CEPAL/SEM.10/R.3). [Presentado al seminario sobre cambios en la estructura y estratificación sociales en América Latina: análisis comparativo de países y perspectivas regionales en los 80. Santiago de Chile, septiembre de 1983: CEPAL. Editado posteriormente en *Problèmes d'Amérique latine*, N° 77, bajo el título *Les transformations sectorielles de l'emploi*. París: Documentation Française, 1985.]
- Klubitschko, Doris (1980): *El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires*, Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD

- sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe, Fichas 19. Buenos Aires: DEALC.
- (1984): El origen social de los estudiantes universitarios: el caso de Venezuela. *Universidad y desarrollo en América Latina y el Caribe*. Jorge Graciarena y otros. Caracas: Ed. CRESALC/UNESCO.
- Lagos, Ricardo y Víctor Tokman (1983): Monetarismo global, empleo y estratificación social. *Trimestre económico*, Vol. 1, N° 199, julio-septiembre.
- Lipietz, Alain (1985): *Mirages et miracles. Problèmes de l'industrialisation dans le tiers monde*. París: Ed. La Découverte.
- Lipset, Seymour Martin y Reinhard Bendix (1968): *Movilidad social en la sociedad industrial* (con un apéndice sobre Movilidad social en la Argentina, por Gino Germani). Buenos Aires: Ed. Eudeba.
- Madeira, Felicia (1985): *Os jovens e as mudanças estruturais no Brasil ao longo da década de 70* (LC/R.443). Santiago de Chile: CEPAL.
- Martínez, Javier y Eugenio Tironi (1983): *Tendencias de cambio en la estratificación social chilena 1970-1980* (E/CEPAL/SEM.10/R.4). Santiago de Chile: CEPAL. [Una síntesis del texto fue publicada posteriormente en la revista *Pensamiento iberoamericano*, N° 6, Madrid, julio-diciembre de 1984.]
- Mesa Lago, Carmelo (1985): *El desarrollo de la seguridad social en América Latina*. Serie Estudios e Informes de la CEPAL, N° 43. Santiago de Chile. [Publicado posteriormente en *Revista de la CEPAL*, N° 28, abril de 1986.]
- Parra, Rodrigo (1985): *Ausencia de futuro: la juventud colombiana*. Bogotá: CEPAL/Editorial Plaza & Janés.
- Quijano, Aníbal D. (1970): Dependencia, cambio social y urbanización latinoamericana. *América Latina: Ensayos de interpretación sociológica-política*. F.H. Cardoso y F. Wefort. Santiago de Chile: Ed. Universitaria, p. 131.
- Rama, Germán W. (1964): *Grupos sociales y enseñanza secundaria*. Montevideo: E. Arca.
- (1983): La educación latinoamericana. Exclusión o participación. *Revista de la CEPAL*, N° 21. Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.83.II.G.5.
- (1984): *La evolución social de América Latina (1950-1980), transición y cambio estructural*. [Presentado al Seminario del Proyecto RIAL y la Universidad de Los Andes. Cali, agosto de 1984.]
- (1985): Education et société. *Revista Problèmes d'Amérique latine*, N° 77, 3^{er} trimestre. París: Documentation Française.
- Rosenbluth, Guillermo (1986): *Determinantes y consecuencias de las relaciones sociales en países pequeños con dominante agrario. El caso de Honduras 1950-83*. División de Desarrollo Social, CEPAL. Santiago de Chile.
- Silvestri, Primo (1986): *La estructura social argentina entre modernización temprana y estancamiento*. División de Desarrollo Social, CEPAL. Santiago de Chile.
- Solari, Aldo (1964): Sistema de clases y cambio social en el Uruguay. *Estudios sobre la sociedad uruguaya (I)*. Montevideo: Ed. Arca.
- Tedesco, Juan Carlos (1984): Elementos para un diagnóstico del sistema educativo tradicional en América Latina. *El sistema educativo en América Latina*. Ricardo Nassif, Germán W. Rama y Juan Carlos Tedesco. Buenos Aires: UNESCO-CEPAL-PNUD/Editorial Kapelusz.
- Terra, Juan Pablo (1981): *La educación y los problemas del empleo*. Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe. *Informes Finales/3*. Buenos Aires: DEALC.
- Tironi, Ernesto (1982): Necesidades básicas y efectos del gasto político sobre los niveles de pobreza. *Pobreza, necesidades básicas y desarrollo*. Santiago de Chile: CEPAL/ILPES/UNICEF.
- Tokman, Víctor (1984): Empleo y estratificación social. *Desarrollo social en los '80*. Santiago de Chile: CEPAL/ILPES/UNICEF.
- Torres Rivas, Edelberto (1981): *Estructuras sociales rurales en América Latina*. Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe. *DEALC/26*. Buenos Aires: DEALC.
- Touraine, Alain (1976): *Les sociétés dépendantes*. París: Editions J. Duculot.
- (1985): *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago: PREALC, mimeo.
- Tovar, Amneris y Dióscoro Negretti (1986): Educación superior y empleo en Venezuela. *La juventud universitaria en América Latina*. Juan Carlos Tedesco y Hans R. Blumenthal (comp.). Caracas: Ed. CRESALC-ILDIS.
- Vogel, Ezra F. (1979): *Japan as number one*. Harvard: Harvard University Press.